

uno de nosotros, condicionando activamente nuestra mirada de las obras.

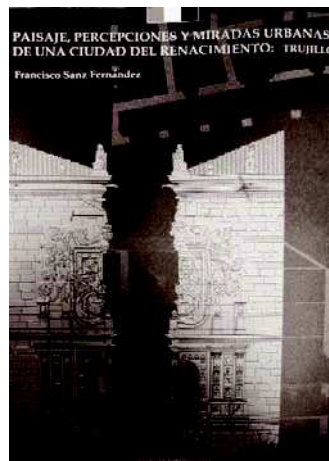
En 1971, con la representación simbólica de *Yerma* realizada por Víctor García, seguida de la defensa de un nuevo concepto de lo trágico hecha en 1972 por Buero Vallejo, se inicia un cambio de horizonte en la recepción teatral de García Lorca. Este aspecto es estudiado a fondo en la segunda parte del libro, donde se da cuenta detallada de la revalorización del teatro lorquiano, del descubrimiento y aceptación de su nueva teatralidad y de la institucionalización de García Lorca como uno de los grandes dramaturgos del siglo XX. No era el mito-Lorca lo que confería ya el

éxito a este teatro sino la reacción mítica que la magia de sus textos producía en los receptores.

En suma, este libro viene a poner de manifiesto la existencia de toda una serie de factores de índole diversa que orientan y condicionan nuestro contacto presente con las obras lorquianas; elementos que hemos de tener en cuenta incluso cuando nos enfrentamos a los textos en una lectura aislada y ocasional. Quizás sólo de esta manera, si nos hacemos dueños de los mecanismos de la comunicación literaria, al tomar conciencia sensible de ellos, nuestra lectura se complete con la libertad que otorga el conocimiento.

SANZ FERNÁNDEZ, Francisco: *Paisaje, percepciones y miradas urbanas de una ciudad del Renacimiento: Trujillo*, Consejería de Cultura / Junta de Extremadura, Badajoz, 2009.

Rosario Camacho Martínez
Universidad de Málaga



El conjunto urbano y monumental de Trujillo constituye uno de espacios paisajísticos e histórico-artísticos más representativos de Extremadura y el

occidente peninsular. Su emplazamiento en mitad de la penillanura trujillanocacereña, un entorno peniaplanado con una altitud media de cuatrocientos cin-

cuenta metros sobre el nivel del mar, y encajado en un paisaje de riberos y afluentes pertenecientes a la cuenca hidrográfica del Tajo, hacen de su tierra y alfoz un espacio con una gran riqueza y diversidad bioarqueológica y paisajística. Es un espacio sinestético que la naturaleza y el hombre han modelado a lo largo de los siglos hasta configurar un escenario de los sentidos del que participan mancomunadamente la avifauna, la arquitectura acuática —charcas, presas, aljibes, pozos y pozas, norias, etc.—, el bosque mediterráneo, con sus retamas, encinas y chaparros, el espacio urbano con sus callejas, caminos y viarios, y un conjunto de monumentos levantados en granito que se funden con el paisaje recreando una gran escultura de tonalidades ambarinas y cerúleas.

Podría afirmarse que el mayor activo patrimonial de esta ciudad reside en el mimetismo en el que a lo largo de dos mil años se han fundido su paisaje de huertas y berrocales con la arquitectura y el espacio modelado por las distintas culturas —lusitanos, romanos, godos, bereberes, sefarditas, peruleros, duraznos, novohispanos,..— que la han habitado; un viaje de más de veinte siglos durante el cual, por distintas razones, se renunció a urbanizar el medio urbano contiguo a los costados septentrional y occidental de su cota más elevada: en un primer momento coronada de un *castellum*, durante la dominación hispanomusulmana cercada por una alcazaba y un alcázar (ss. IX-X) que, junto a las de Gormaz en Soria, Mérida en Badajoz y la desaparecida muralla de Medina al Zahara en Córdoba, fue uno de los baluartes más importantes de la

Marca Media de Al Andalus, como atestiguan la arqueología y las fuentes hispanoárabes como *Al-Istajri* o *Al-Idrisí*.

La fusión de estos elementos naturales con la semblanza modelada por el hombre a partir de la piedra de granito ha consentido que Trujillo sea una ciudad rodeada de una variedad de vistas y matices perceptuales que constituyen el mejor testimonio de su acervo cultural, su crisol de culturas, que el viajero puede contemplar. De modo que, entrando por el camino de Plasencia, que comunicaba la metrópoli diocesana, atravesando Monfragüe, con Trujillo y no pocas *villae* suburbanas como Casillas o Pascualete, es fácil descubrir la silueta de una medina hispanomusulmana que parece haber permanecido incólume desde los tiempos de la dinastía Omeya. Otro tanto puede decirse de la ciudad que el viajero descubre a su llegada desde el viejo camino de Madrid, que transitaban en jornadas regias y en distintas visitas, el Emperador Carlos V, su hijo Felipe II o el tercero de la dinastía, donde no será difícil descubrir la panorámica estereográfica de una ciudad renacentista que nos recuerda a las *veduta* abocetadas por el corógrafo holandés A. Van den Wyngaerde. Y qué decir de los caminos reales de Sevilla y Guadalupe, estrechamente vinculados a algunos de los acontecimientos más importantes de la historia de España: desde la guerra de Sucesión a la corona entre doña Juana la Beltraneja y doña Isabel I, al proceso de colonización y conquista del Nuevo Mundo. Caminos desde lo que se percibe la silueta de torres, agujas, cimborrios, cruces, humilladeros, soleadores y espacios placeros que rodea a esta

magnífica ciudad, en parte levantada con el capital indiano de los linajes Pizarro, Altamirano, Orellana, Meneses, Carvajal, De las Casas, etc. etc.

Pocas veces, transcurridos tantos siglos, podemos disfrutar de un testimonio arquitectónico y natural tan relevante como el que representa la ciudad de Trujillo, y del que han sido testigos numerosos viajeros que han dejado constancia de sus percepciones en bocetos, dibujos, grabados y texto periegéticos.

Podemos así afirmar que Trujillo ofrece un medio urbano cargado de matices y cualidades que sumadas por agregación configuran un escenario único. Y es único por el color de su arquitectura, la riqueza de los cortes de cantería que realizaron sus más de doscientos maestros de cantería del siglo XVI, por sus múltiples percepciones y perspectivas: ya medievales, ya conmensurativas; por la monumentalidad de sus palacios, por la dimensión histórica de los personajes que la habitaron: desde la sobrina del Papa Pío II, doña Juana de Aragón Piccolomini, al cardenal de Tarragona Gaspar Cervantes de Gaete, el comendador de Bétera y protector de Miguel de Cervantes y Tirso de Molina, don Fernando Pizarro de Orellana, o los ya citados conquistadores.

Y de estos y otros aspectos, como la música, los llamados gastos de prestigio y propaganda o el urbanismo renacentista, nos habla la obra del Dr. Francisco Sanz Fernández: *Paisaje, percepciones y miradas urbanas de una ciudad del Renacimiento: Trujillo*, editada por la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura.

Como en sus anteriores trabajos

de investigación relacionados con el urbanismo y la arquitectura, Francisco Sanz ha procurado con este texto la recuperación de aquellas percepciones y miradas, tangibles e intangibles, diacrónicas y sincrónicas, o puramente semióticas que rodean el entorno urbano trujillano, una línea de trabajo que ya había sido profundizada por él anteriormente en diversos espacios de nuestra Edad Moderna como Valdefuentes, Toril y otros, situados todos en la Alta Extremadura. Se ha valido para ello de nuevos enfoques metodológicos que han buscado su esencia en algunos principios de la escuela de Erwin Panofsky —método iconográfico— y Ernst H. Gombrich —testigo ocular—, añadiendo interesantes percepciones y reflexiones basadas en los principios de la escuela italiana y, esencialmente, en los estudios del arquitecto Ludovico Quaroni —escalas de percepción—.

El texto se articula a través de dos grandes capítulos: uno dedicado a reconstruir lo que J. Burckhardt llamó «la cultura del Renacimiento», esto es aquellos aspectos relacionados con el coleccionismo, la fiesta, la música, entradas reales y demás gastos de prestigio y propaganda que rodeaban a una ciudad española en tiempos de los Austrias. Para ello se ha servido del rico legado intelectual brindado por el Dr. Antonio Bonet Correa. Y otro, más amplio y variado, por la cantidad de matices que ofrece, en el cual se analiza el crecimiento urbano de Trujillo en los tiempos de la conquista y colonización americana, durante los reinados de Carlos I y Felipe II.

El libro incorpora además una

comentarios bibliográficos

variada bibliografía que comprende obras contemporáneas en italiano, inglés y castellano. Así como una muy amplia colección de títulos de fuentes tratadísticas históricas, especialmente centrada en teoría arquitectónica y artes del color: de los tratados de corte de cantería de Alonso de Vandelvira y Philibert de l'Orme a los prontuarios de C. Cennini o Ignacio Gárate.

Destaca igualmente la información gráfica, los dibujos y planos, las fotografías y el propio diseño de la publicación, todo realizado bajo la sólida

información y el cuidado del autor, con la ayuda del arquitecto Miguel Sanz.

En definitiva, creo que este libro sienta unas bases sólidas para la recuperación histórica, patrimonial y cultural de uno de los espacios urbanos capitales del Renacimiento español; espacio que si bien es ampliamente conocido, dada su entidad turística, carecía del aporte científico necesario que pondera el papel que jugó esta ciudad en el devenir de España desde la baja Edad Media al siglo XVII.

TORRES AGUILAR,
Francisca: *El cartel de la
Semana Santa de Málaga
(1980-2008)* Málaga,
Universidad, 2009.

Juan Antonio Sánchez López
Universidad de Málaga



Para bien o para mal, la Semana Santa y todos los aspectos relacionados con ella forman parte, de manera indisoluble, de la idiosincrasia y *modus vivendi* de Andalucía y, singularmente, de la ciudad de Málaga. Aun a riesgo de que alguien pueda pensar de que semejante afirmación no vaya más allá del socorrido tópico -por lo demás, costumbrista y

castizo- promovido desde la exaltación de los 'valores eternos' de una comunidad, lo cierto es que basta echar una mirada a nuestro alrededor para comprobar que, a veces, la frase se nos queda corta. Y es que, trascendiendo los escrúpulos dictados por los previsibles y consabidos laicismos, agnosticismos y anticlericalismos y con independencia